

creto de sus penas. Había caminado ya durante una tercera parte del día, cuando, sintiendo agotadas sus fuerzas, y sus pies ensangrentados por la marcha, preguntó si llegarían pronto.—Dentro de una hora—le dijo el guía.—Armando encontró en su alma una hora más de fuerza, y continuó. La hora se deslizó sin que viese ni siquiera en el horizonte, horizonte de arena tan extenso como lo es el de la pleamar, las palmeras y las montañas, cuyas cimas debían anunciar el término de su viaje. Se detuvo, amenazó al guía, se negó á ir más lejos y le reprochó de ser su asesino y de haberle engañado, después, lágrimas de fatiga y de rabia rodaron por sus mejillas inflamadas, estaba agobiado por el dolor creciente de la marcha, y su garganta le parecía coagulada por la sed del desierto. El guía, inmóvil escuchaba sus quejas con aire irónico, al mismo tiempo que estudiaba, con la aparente indiferencia de los orientales, los imperceptibles accidentes de aquella arena casi negruzca como lo es el oro bruñido.—Me he equivocado—repuso friamente.—Hace mucho tiempo que he hecho este camino para que pueda reconocer las huellas, pero vamos por buen camino, y tenemos que caminar aun durante dos horas.—Este hombre tiene razón—pensó Montriveau. Después continuó la marcha siguiendo apenas al implacable africano, al cual parecía ligado con un hilo, como un condenado lo está invisiblemente con el verdugo. Pero las dos horas pasan, el francés ha gastado las últimas gotas de energía, y el horizonte es puro, y no ve ni palmeras ni montañas. Ya no puede ni gritar ni gemir, y se acuesta entonces en la arena para morir; pero sus miradas hubiesen asustado al hombre más intrépido, parecía anunciar que no quería morir solo. Su guía, como un verdadero demonio, le respondía con una mirada tranquila, impresa de poder, y le dejaba tendido, teniendo cuidado de mantenerse á una distancia que le permitiera escapar á la desesperación de la víctima. Por fin, el señor de Montriveau encontró algunas fuerzas para una última imprecación. El guía se aproximó á él, le miró fijamente, le impuso silencio y le dijo:—¿No has querido, á pesar de nosotros, ir á donde te llevo? Me reprochas que te engaño, y si no lo hubiese hecho no hubieses llegado hasta aquí. ¿Quieres que te diga la verdad? He lá aquí. Tenemos aun cinco horas de camino, y no podemos volver sobre nuestros pasos. Sonda tu corazón, y si no tienes bastante

valor, aquí tienes un puñal. Sorprendido por aquella armonía del dolor y de la fuerza humana, el señor de Montriveau no quiso encontrarse por debajo de un bárbaro, y sacando de su orgullo europeo una nueva dosis de valor, se levantó para seguir á su guía. Las cinco horas habían expirado; el señor de Montriveau no veía nada aun y fijó sus ojos moribundos en el guía; entonces el nubiano, lo tomó en sus espaldas, lo elevó algunos pies y le hizo ver á un centenar de pasos un lago rodeado de verdura y de un admirable bosque que iluminaban los rayos de un sol poniente. Habían llegado á alguna distancia de un banco de granito inmenso, bajo el cual aquel paisaje sublime se encontraba como sepultado. Armando creyó renacer, y su guía, este gigante de inteligencia y de valor, acabó su obra de abnegación llevándole á través de los senderos cálidos y pulidos trazados apenas en el granito. Veía de un lado el infierno de las arenas, y del otro el paraíso terrestre del más hermoso oasis de los desiertos.

La duquesa, impresionada ya por el aspecto de aquel poético personaje, lo fué aún más al saber que veía en él al marqués de Montriveau, con quien había soñado por la noche. Haberse encontrado con él en las arenas abrasadoras del desierto, haberle tenido por compañero de pesadilla, ¿no era en una mujer de aquella naturaleza un delicioso presagio de diversión? Jamás hombre alguno tuvo como Armando la fisonomía de su carácter, y no podía intrigar más justamente las miradas. Su cabeza, grande y cuadrada, tenía como principal rasgo característico una enorme y abundante cabellera negra que le cubría el rostro, de manera que recordaba perfectamente al general Kleber, al cual se parecía por el vigor de su frente, por el corte de su cara, por la audacia tranquila de los ojos, y por la especie de fuego que expresaban sus salientes rasgos. Era pequeño, ancho de busto y musculoso como un león. Cuando caminada, su actitud, su andar, el menor gesto dejaba ver no se qué seguridad de fuerza que imponía, y algo de despótico. Parecía saber que nada podía oponerse á su voluntad, tal vez porque no quería nada que no fuese justo. No obstante, semejante á todas las gentes realmente fuertes, era dulce en su habla, sencillo en sus modales, y naturalmente bueno. Solamente parecían deber desaparecer todas estas hermosas cualidades en las circunstancias graves en que el hombre

se convierte implacable en sus sentimientos, fijo en sus resoluciones, terrible en sus acciones. Un observador hubiera podido ver en la comisura de sus labios una contracción habitual, que anunciaba inclinación á la ironía.

La duquesa de Langeais, sabiendo de qué precio pasajero era la conquista de aquel hombre, resolvió, durante el momento que empleó la duquesa de Maufrigneuse para ir á buscarlo para presentárselo, hacer de él uno de sus amantes, darle la preferencia sobre todos los demás, unirlo á su persona y desplegar para él todas sus coqueterías. Esto fué un capricho, pero capricho de duquesa con el cual Lope de Vega ó Calderón ha hecho *El perro del hortelano*. Quiso que aquel hombre no fuese de ninguna mujer, é imaginó no ser suya. La duquesa de Langeais había recibido de la naturaleza las cualidades necesarias para representar los papeles de coqueta, y su educación las había perfeccionado. Las mujeres tenían razón en envidiarla, y los hombres en amarla. No le faltaba nada de lo que puede inspirar amor, de lo que lo justifica y de lo que lo perpetúa. Su género de belleza, sus maneras, su habla, su actitud, se ponían acordes para dotarla de una coquetería natural, que en una mujer parece ser la conciencia de su poder. Era bien formada, y tal vez descomponía sus movimientos con demasiada complacencia, una afectación que podía reprochársela. Todo armonizaba en ella, desde el menor gesto hasta el giro particular de sus pasos y la manera hipócrita como dirigía una mirada. El carácter predominante de su fisonomía era una nobleza elegante que no destruía la movilidad completamente francesa de su persona. Aquella actitud incesantemente cambiante tenía un poderoso atractivo para los hombres. Parecía que debía ser la más deliciosa de las queridas al dejar su corsé y los pertrechos de su representación. En efecto, todos los goces del amor existían en germen en la libertad de sus miradas expresivas, en los arrullos de su voz, en la gracia de sus palabras. Dejaba ver que había en ella una noble cortesana que desmentía en vano las religiones de la duquesa. El que se sentaba á su lado durante una velada, la encontraba alternativamente alegre y melancólica, sin que ella pareciese fingir su melancolía ni alegría. Sabía ser, según las circunstancias, afable, despreciativa, impertinente ó desconfiada. Parecía buena y lo era. En su situación, nada la obligaba á descender á la mal-

dad. Por momentos, se mostraba alternativamente confiada, astuta y conmovedoramente tierna, después dura y seca de manera de destrozar el corazón. Pero, para pintarla bien, sería preciso acumular todos los antítesis femeninos, en una palabra, era lo que quería ser ó aparecer. Su rostro un poco largo, tenía gracia, algo de astuto y de pequeño, recordaba las caras de la edad media. La tez era pálida, ligeramente rosada. Todo en ella se inclinaba, por decirlo así, á un exceso de delicadeza.

El señor de Montriveau se dejó complacientemente presentar á la duquesa de Langeais, la cual siguiendo la costumbre de las personas á quienes un gusto exquisito hace evitar las banalidades, lo acogió sin agobiarlo á preguntas ni cumplidos, pero con una especie de gracia respetuosa que debía halagar á un hombre superior, pues la superioridad supone en un hombre un poco de ese tacto que hace que las mujeres adivinen todo lo que es sentimiento. Si manifestó algo de curiosidad fué con sus miradas, si fué complaciente fué con sus maneras; y desplegó esa zalamería de palabras, ese astuto deseo de agradar que ella sabía mostrar mejor que nadie. Pero toda su conversación sólo fué en cierto modo el cuerpo de la carta; debía haber en ella una postdata donde el pensamiento iba á ser dicho. Cuando, después de una media hora de hablurías insignificantes, y en las cuales el acento y las sonrisas eran las únicas que daban valor á las palabras, el señor de Montriveau pareció querer discretamente retirarse, la duquesa le retuvo con un gesto exquisito.

—Señor, le dije, no sé si el poco rato que he tenido el placer de hablar con usted ha podido ofrecerle bastante atractivo para que me sea permitido invitarle á venir á mi casa, y tengo miedo de que haya demasiado egoísmo en querer poseerle. Si fuese bastante feliz para que usted se dignase venir, me encontraría siempre por la noche hasta las diez.

Estas frases fueron dichas con tal coquetería, que el señor de Montriveau no podía negarse á aceptar la invitación. Cuando se marchó con los grupos de hombres que se mantenían de pie á alguna distancia de las mujeres, varios amigos suyos le felicitaron, mitad seriamente y mitad burlonamente por la acogida extraordinaria que le había hecho la duquesa de Langeais. Aquella difícil, aquella ilustre con-

quista, estaba definitivamente hecha, y la gloria había sido reservada á la artillería de la guardia. Es fácil imaginar las bromas de bueno y mal género que sugirió este tema, una vez admitido en uno de esos salones parisienses, donde tanto gustan de divertirse y donde las bromas tienen tan poca duración, que todo el mundo se apresura á sacar de ellas todo el partido que puede.

Estas naderías halagaron sin saber al general. Del sitio donde se había colocado, sus miradas fueron atraídas por mil reflexiones indecisas hacia la duquesa, y no pudo menos de confesarse á sí mismo que de todas las mujeres cuya belleza había seducido sus ojos, ninguna le había ofrecido una expresión más deliciosa de las virtudes y de las armonías que la imaginación más joven puede desear en Francia á una querida. ¿Qué hombre, cualquiera que sea el punto en que su suerte lo ha colocado, no ha sentido en su alma un goce indefinible, al encontrar en una mujer que ha escogido, hasta en sueños, para suya, las triples perfecciones morales, físicas y sociales que le permiten ver siempre en ella sus deseos cumplidos? Si no es una causa de amor, esta halagadora reunión, es al menos uno de los mayores vehículos del sentimiento, «Sin la vanidad, decía un profundo moralista del siglo pasado, el amor es un convaleciente. Ciertamente que hay para el hombre como para la mujer un tesoro de placeres en la superioridad de la persona amada. ¿No es mucho, por no decir todo, saber que nuestro amor propio no sufrirá nunca por causa de ella; que es bastante noble para no recibir jamás las heridas de una mirada despreciativa, bastante rica para ser rodeada de un brillo igual al de que se rodean todos los efímeros reyes financieros, bastante espiritual para no ser humillada nunca con una broma, y bastante hermosa para ser la rival de todo su sexo? Estas reflexiones se las hace un hombre con una sola mirada. Pero si la mujer que se las inspira le ofrece al mismo tiempo, en el porvenir de su pasión precoz, las cambiantes delicias de la gracia, la ingenuidad de una alma virgen, los mil pliegues de los vestidos de las coquetas y los pliegues del amor, ¿no es para conmover el corazón del hombre más frío? En esta situación se encontraba Montriveau con respecto á la mujer, y el pasado de su vida garantizó en cierto modo la extravagancia del hecho. Arrojado joven en el huracán de las guerras francesas, habiendo vivido siem-

pre en los campos de batalla, sólo conocía de la mujer lo que un viajero apresurado que va de posada en posada, puede conocer de un país. Tal vez hubiera podido decir de su vida lo que Voltaire decía á los ochenta años de la suya, y no tenía que reprocharse ni treinta estupideces. Era á su edad tan nuevo en amor como lo es un joven que acaba de leer Faublas á escondidas. De la mujer, él lo sabía todo; pero del amor no sabía nada; y su virginidad de sentimiento le hacía sentir deseos nuevos. Algunos hombres, arrastrados por los trabajos á que les han condenado la miseria ó la ambición, el arte ó la ciencia, conocen esta singular situación, y la confiesan raramente. En París todos los hombres deben haber amado. Ninguna mujer quiere á quien no ha querido nunca. Del temor á ser tomado por un estúpido preceden las mentiras de la fatuidad general en Francia, donde pasar por un estúpido es no ser del país. En este momento, del señor de Montriveau se apoderó á la vez un violento deseo, un deseo agrandado por el calor de los desiertos, y por un movimiento de corazón cuyo hirviente lazo no había conocido aun. Tan fuerte como era violento, este hombre supo reprimir sus emociones, pero al mismo tiempo que hablaba de cosas indiferentes, se replegaba en sí mismo y se juraba poseer á aquella mujer, único pensamiento por medio del cual podía entrar en el amor. Su deseo se convirtió en un juramento hecho á la manera de los árabes, con los cuales había vivido, y para quienes un juramento es un contrato hecho entre ellos y todo su destino, que subordinan al éxito de la empresa consagrada por el juramento, y en la cual no cuentan su muerte más que como un medio más para el buen éxito. Un joven se hubiera dicho:—¿Quisiera tener por querida á la duquesa de Langeais!—Otro:—¿El que sea amado por la duquesa de Langeais será un pilló feliz!—Pero el general se dijo:—Tendré por querida á la duquesa de Langeais!—Cuando un hombre virgen de corazón y para quien el amor se convierte en una religión, concibe semejante pensamiento, no sabe en qué infierno ha puesto los pies.

El señor de Montriveau se escapó bruscamente del salón y volvió á su casa devorado por los primeros accesos de su primera fiebre amorosa. Si en la mitad de su vida un hombre guarda aun las creencias, las ilusiones y las franquezas de la juventud, su primer gesto es, por decirlo así,

extender la mano para apoderarse de lo que desea; pero cuando ha sondado las distancias que le separan de ello, se apodera de él, como les pasa á los niños, una especie de asombro ó de impaciencia que comunican aun más valor al objeto deseado, y tiembla ó llora. Así, pues, al día siguiente, después de las tempestuosas reflexiones que le hubiesen dado un vuelco al corazón, Armando de Montriveau se encontraba bajo el yugo de los sentidos, que concentró la pasión de un amor verdadero. Aquella mujer tan caballerosamente tratada la vispera, se había convertido al día siguiente en la más santa y en el más temible de los poderes. Fué para él entonces el mundo y la vida. El menor recuerdo de las más ligeras emociones que le había hecho sentir hacían palidecer á sus mayores placeres y á los dolores más vivos sufridos antaño. Las revoluciones más rápidas sólo turban los intereses del hombre, mientras que una pasión revoluciona los sentimientos. Ahora bien, para los que viven más para el sentimiento que para el interés, para los que tienen más alma y sangre que espíritu y linfa, un amor real produce un completo cambio de existencia. De un sólo trazo, con una sola reflexión, Armando borró toda su vida pasada. Después de haberse preguntado veinte veces como un niño: —¿Iré? ¿No iré? se vistió, se encaminó al palacio de Langeais á eso de las ocho de la noche, y fué admitido al lado de la mujer ¡qué digo de la mujer! del ídolo que había visto la vispera, á la luz de las bujías como una fresca y pura joven vestida con gasa, blondas y velos. Llegaba impetuosamente para declararle su amor, como si se tratara del primer cañonazo en un campo de batalla. ¡Pobre colegial! Encontró á su vaporosa silfide envuelta en un peinador de cachemira obscuro, hábilmente puesto, y lánguidamente recostada en el diván de un obscuro gabinete. La señora de Langeais ni siquiera se levantó, y sólo mostró su cabeza, cuyos cabellos estaban en desorden, aunque retenidos en una red. Después, con una mano que en el claro-oscuro producido por la temblona luz de una única bujía colocada lejos de ella, pareció á los ojos de Montriveau blanca como una mano de mármol, le indicó que se sentase, y le dijo con voz tan dulce como lo era la luz:

—Si no hubiera sido usted, señor marqués, si hubierais sido un amigo con quien podía obrar sin miramientos, ó un

indiferente que me hubiese interesado ligeramente, le habría despedido. Estoy sufriendo horriblemente.

Armando se dijo:

—Me iré.

—Pero, repuso ella dirigiéndole una mirada que el ingenio militar atribuyó al fuego de la fiebre, no sé si es un presentimiento de su buena visita, á cuyo apresuramiento no puedo por menos de mostrarme sensible, desde hace un instante sentí que se desprenden los vapores de mi cabeza.

—Puedo, pues, quedarme, le dijo Montriveau.

—¡Ah! mucho me enfadaría verle marcharse. Yo me decía ya esta mañana que no debía haberle producido la menor impresión, que había usted tomado sin duda mi invitación por una de esas fútiles frases prodigadas al azar por las parisienses, y le perdonaba por adelantado su ingratitude. Un hombre que acaba de llegar del desierto no está obligado á saber lo exclusivo que es nuestro arrabal en sus amistades.

Estas graciosas palabras, murmuradas á medias, cayeron una á una y fueron como cargadas del sentimiento alegre que parecía dictarlas. La duquesa quería todos los beneficios de su jaqueca, y su especulación tuvo un éxito completo. El pobre militar sufría realmente por el falso sufrimiento de aquella mujer. Como Crillon oyendo el relato de la pasión de Jesucristo, estaba dispuesto á sacar su espada contra los vapores. ¡Eh! ¿cómo atreverse entonces á hablarle á aquella enferma del amor que inspiraba? Armando comprendía ya que era ridículo declarar su amor de sopetón á una mujer tan superior. Comprendió con un solo pensamiento todas las delicadezas del sentimiento y las exigencias del alma. Amar ¿no es saber pleitear bien, mendigar y esperar? ¿No era preciso probarlo aquel amor sentido? Se encontró la lengua inmóvil, helada por las conveniencias del noble arrabal, por la majestad de la jaqueca y por las tímideces del amor verdadero. Pero ningún poder del mundo pudo velar las miradas de sus ojos en los cuales estallaba el calor, el infinito del desierto, de los ojos tranquilos como los de las panteras, y en los cuales los párpados se bajan raramente. A la duquesa le gustó mucho aquella mirada fija que la bañaba de luz y de amor.

—Señora duquesa, respondió Armando, temo expresarle mal el agradecimiento que me inspiran sus bondades. En

este momento sólo deseo una, el poder de disipar sus sufrimientos.

—Permitidme que me desembarace de esto, tengo ahora mucho calor, dijo ella haciendo saltar con un movimiento lleno de gracia el cojín que le cogía los pies, los cuales dejó completamente al descubierto.

—Señora, en Asia, sus pies valdrían casi diez mil cequíes.

—Cumplidos de viajero, dijo ella sonriéndose.

Aquella criatura encantadora se complació en sumir al rudo Montriveau en una conversación llena de tonterías, de lugares comunes y de contrasentidos, conversación en la que él maniobró, militarmente hablando, cual lo hubiera hecho el príncipe Carlos en lucha con Napoleón. La duquesa se entretuvo maliciosamente en desdeñir la magnitud de aquella pasión naciente por el número de tonterías arrancadas á aquel principiante á quien conducía paso á paso á un laberinto inextricable, en el que quería dejarle avergonzado de sí mismo. Empezó, pues, por burlarse de aquel hombre, á quien se complacía en hacerle olvidar el tiempo. La excesiva duración de la primera visita es casi siempre una adulación; pero Armando no fué cómplice de ella. El célebre viajero estaba en aquel gabinete hacía una hora hablando de todo sin haber dicho nada y comprendiendo que sólo era un juguete para aquella mujer, cuando ella se levantó, volvió á sentarse, dejó caer sobre el cuello el velo que le cubría la cabeza, apoyó ésta en las manos y llamó para que encendieran las bugías. A la inacción absoluta en que había permanecido sucedieron los movimientos más graciosos, y volviéndose hacia el señor de Montriveau, le dijo respondiendo á una confidencia que acababa de arrancarle y que pareció interesarla vivamente.

—¿Quiere usted burlarse de mí tratando de hacerme creer que no ha amado nunca? Esa esa la gran pretensión de los hombres para con nosotras. Nosotras lo creemos; pero es pura cortesía. ¿Acaso no sabemos nosotras á qué atenernos sobre ese punto por nosotras mismas? ¿Dónde está el hombre que no ha encontrado en toda su vida una ocasión para enamorarse? A ustedes les gusta engañarnos, y nosotras, pobres tontas, nos dejamos engañar porque sus engaños son homenajes tributados á la superioridad de nuestros sentimientos, que son todo pureza.

Esta última frase fué pronunciada con un acento lleno de altanería y de altivez, que convirtió á aquel amante novicio en una bala arrojada al fondo de un abismo y á la duquesa en un ángel que revoloteaba hacia su cielo particular.

—¡Diantre! exclamaba para sus adentros Armando de Montriveau, ¿cómo arreglarse uno para decirle á esta criatura salvaje que la amo?

Se lo había dicho ya veinte veces, ó mejor dicho, la duquesa lo había leído ya veinte veces en sus miradas, y veía en la pasión de aquel hombre verdaderamente grande una diversión para ella y un interés que llenase el vacío de su vida ociosa. Se preparaba, pues, hábilmente para levantar en torno suyo una cierta cantidad de reductos que ella se proponía oponerle antes de darle entrada en su corazón. Juguete de sus caprichos, Montriveau debió permanecer estacionado, si bien saltando siempre obstáculos como salta de dedo en dedo un insecto atormentado por un niño, creyendo avanzar, cuando en realidad su malicioso verdugo le mantiene siempre en el mismo punto. La duquesa reconoció, sin embargo, con gran satisfacción que aquel hombre de carácter no mentía, pues, en efecto, Armando no había amado nunca.

Iba él ya á retirarse descontento de sí y más descontento aun de ella; pero la duquesa notó con satisfacción aquel ligero enfado que ella podía disipar, con una palabra, con una mirada ó con un gesto, y le dijo:

—¿Vendrá usted mañana por la noche? Voy al baile y le esperaré hasta las diez.

Al día siguiente, Montriveau, pasó la mayor parte del día sentado á la ventana de su cuarto ocupado en fumar una cantidad interminable de cigarros, y así llegó hasta la hora de vestirse para ir al palacio de Langeais. Hubiera causado gran lástima á todo el que conociese el magnífico valor de aquel hombre, al ver que se había vuelto tan pequeño y tan tímido, y al saber que aquel pensamiento cuyos destellos podían abrazar mundos, se limitaba á abarcar las exiguas proporciones del gabinete de una amada. Pero se sentía ya tan decaído con su dicha, que ni para salvar su vida hubiese confiado su amor á ninguno de sus amigos íntimos. En el pudor que se apodera de un hombre cuando ama, ¿no hay siempre un poco de vergüenza y no es precisamente su pequeñez lo que constituye el orgullo de una

mujer? Finalmente, ¿no será una multitud de motivos de este género lo que lleva á las mujeres todas á ser las primeras en revelar el misterio de su amor, misterio del que ellas acaban siempre por cansarse?

—Señor, dijo el ayuda de cámara, la señora duquesa no está visible, se está vistiendo y le ruega que la espere aquí.

Armando se paseó por el salón estudiando el gusto esparcido en los menores detalles. Admiró á la señora de Langeais al admirar las cosas que provenían de ella y traicionaban sus costumbres, antes que pudiese coger la persona y las ideas. Después de una hora próximamente, la duquesa salió de su habitación sin hacer ruido. Montriveau se volvió, la vió caminando con la ligereza de una sombra, y se estremeció. La duquesa fué hacia él sin decirle burguesamente:—¿Cómo se encuentra usted?—Estaba segura de sí misma, y su mirada fija decía: Me he engalanado así para agradarle. Sólo una vieja hada, madrina de alguna princesa desconocida, hubiera podido poner alrededor del cuello de aquella persona coqueta la nube de gasa, cuyos pliegues tenían tonos vivos sostenidos aún por el brillo de una piel satinada. La duquesa estaba deslumbradora. El azul claro de su vestido, cuyos adornos se repetían en las flores de su peinado, parecía dar, por la riqueza de su color, un cuerpo á sus formas ligeras convertidas en aéreas; pues al deslizarse rápidamente hacia Armando, hizo volar los dos extremos del encaje que pendía á sus lados, y el bravo soldado no pudo menos entonces de compararla á los bonitos insectos azules que revolotean por la superficie de las aguas y entre las flores, con las cuales parecía confundirse.

—Le he hecho esperar, le dijo con el tono de voz que saben tomar las mujeres con el hombre á quien quieren agradar.

—Esperaría pacientemente una eternidad si supiese que había de encontrar una Divinidad como es usted; pero no es un cumplido hablarle de su hermosura, porque usted sólo puede ser sensible á la adoración. Déjeme solamente que le bese el encaje.

—¡Ahí dijo ella haciendo un gesto de orgullo, le estimo bastante para ofrecerle mi mano.

Y le tendió á besar su mano húmeda aún. Una mano de mujer en el momento en que sale de un baño oloroso, conserva no sé qué frescura suave, una blandura aterciopelada,

cuya acariciadora impresión va de los labios al alma. De este modo, en un hombre enamorado que tiene en los sentidos tanta voluptuosidad como amor en el alma, un beso, casto en apariencia, puede excitar terribles tempestades.

—¿Me la tenderá usted siempre así? dijo humildemente el general besando con respeto aquella mano peligrosa.

—Sí, pero no pasaremos de ahí, dijo ella sonriendo.

Se sentó y pareció muy torpe en ponerse los guantes queriendo hacer deslizar la piel al principio estrecha por la punta de sus dedos y mirar al mismo tiempo al señor de Montriveau, que admiraba alternativamente á la duquesa y la gracia de aquellos gestos reiterados.

—¡Ah! está bien, ha sido usted puntual, y me gusta la exactitud. Su Majestad dice que es la cortesía de los reyes; pero, á mi entender, de ustedes á nosotras creo que es el más respetuoso de los halagos. ¡Eh! ¿no es verdad? Diga.

Después le miró de nuevo para expresarle una amistad engañosa, al verle mudo de felicidad y completamente feliz con aquellas náderías. ¡Ah! la duquesa comprendía á las mil maravillas su oficio de mujer, sabía admirablemente realzar á un hombre cuando éste se empequeñecía, y recompensarle con halagos vacíos á cada paso que daba para descender al terreno de las fulilezas del sentimentalismo.

—No se olvidará usted de venir siempre á las nueve.

—Sí; pero ¿irá usted todas las noches al baile?

—¡Lo sé yo acaso? respondió ella encogiéndose de hombros con un gesto infantil como para confesar que era todo capricho y que un amante debía tomarla así. Por otra parte, repuso ella, ¿qué le importa? me conducirá usted á ellos.

—Esta noche, dijo él, será difícil, no me he vestido convenientemente.

—Me parece, repuso ella mirándole con altivez, que si alguno debe sufrir por su vestido, será yo. Pero sepa, señor viajero, que el hombre de quien acepto yo el brazo está siempre por encima de la moda y nadie se atreverá á criticarle. Veo que no conoce usted el gran mundo, y le quiero más aún.

Y lo arrojaba ya en las cortesías del gran mundo, procurando iniciarle en las vanidades de una mujer á la moda.

—Si quiere hacer una majadería por mí, se decía Armando, seré bien estúpido en impedirselo. Sin duda me

ama, y seguramente que no despreciará al mundo como yo lo desprecio. Así, pues, ¡vamos al baile!

La duquesa pensaba sin duda que al ver al general seguirla al baile con botas y corbata negra, nadie dudaría en creerle apasionadamente enamorado de ella. Feliz al ver que la reina del mundo elegante quería comprometerse por él, el general tuvo espíritu al tener esperanza. Seguro de agradar, desplegó sus ideas y sus sentimientos, sin experimentar en el corazón, la contracción que había sufrido la víspera. Aquella conversación substancial, animada, llena de esas primeras confidencias tan dulces para dichas como para oídas, ¿sedujo á la señora de Langeais ó había imaginado ella aquella encantadora coquetería? pero miró maliciosamente el reloj cuando dieron las doce.

—¡Ah! tiene usted la culpa de que falte al baile! dijo ella expresando sorpresa y despecho por haberse distraído. Después, se justificó el cambio de sus goces con una sonrisa que hizo latir fuertemente el corazón de Armando.

—Le había prometido ir, á la señora de Beauscant, añadió. Me esperan todos.

—Pues bien, vaya.

—No, continúe, dijo ella. Me quedo. Sus aventuras de Oriente me encantan. Cuénteme usted sin olvidar un detalle toda su vida. Me gusta participar de los sufrimientos experimentados por un hombre de valor, pues los siento de veras.

Y jugaba con su encaje, lo retorecía y lo rompía con movimientos de impaciencia que parecían acusar un descontento interior y profundas reflexiones.

—Nosotras no valemos nada, repuso. ¡Ah! somos personas indignas, egoístas, frívolas. Ninguna de nosotras comprende el papel de su vida. Antaño, en Francia eran las mujeres luces bienhechoras, vivían para consolar á los que lloran, animar las grandes virtudes, recompensar á los artistas y amar la vida con nobles pensamientos. Si el mundo se ha tornado tan pequeño es por culpa nuestra. Me hace usted odiar ese mundo y el baile. No, no le sacrificaré gran cosa.

Acabó de romper su encaje como un niño que, jugando con una flor, acababa por arrancarle todos los pétalos; la estrujó, la arrojó lejos de ella y pudo de este modo mostrar un cuello de cisne. Llamó.

—No saldré, le dijo á su ayuda de cámara.

Después fijó tímidamente sus grandes ojos azules en Armando, de manera á hacerle aceptar, por el temor que expresaban, aquella orden como un ruego, como un primero, como un gran favor.

—Ha tenido usted muchas penas, dijo ella después de una pausa llena de pensamientos y con ese enternecimiento que frecuentemente está en la voz de las mujeres sin estar en el corazón.

—No, respondió Armando. Hasta hoy no sabía lo que era la felicidad.

—Ahora no puede usted decir lo mismo, dijo ella mirándole por debajo con aire hipócrita y astuto.

—Pero para mí, en adelante, mi felicidad será verla á usted, oirla. Hasta el presente, sólo había sufrido, y ahora comprendo que pueda ser desgraciado...

—Basta, basta, dijo ella, váyase, son las doce; respetemos las conveniencias. No he ido al baile y usted estaba aquí. No demos que hablar. Adiós. No sé lo que diré, pero la jaqueca es buena persona y no nos desmiente nunca.

—¿Hay baile mañana? preguntó él.

—Ya se acostumbrará usted á ello, creo. Pues bien, sí, mañana iremos aún al baile.

Armando se marchó el hombre más dichoso del mundo, y fué todas las noches á casa de la señora de Langeais á la hora que, por una especie de convenio tácito, le fué reservada. Sería fastidioso y una redundancia para una multitud de jóvenes que tienen esa clase de hermosos recuerdos marchar paso á paso en este relato, como caminaba el poema de aquellas conversaciones secretas cuyo curso avanza ó se retrasa á voluntad del capricho de una mujer con una disputa de palabras cuando el sentimiento va demasiado aprisa, ó con una queja acerca de los sentimientos cuando la palabra no responde á los pensamientos. Así, pues, para denotar el progreso de esta obra, á lo Penélope, tal vez sería preciso atenerse á las expresiones materiales del sentimiento. Ahora bien, algunos días después del primer encuentro de la duquesa y de Armando, el asiduo general había conquistado en toda su desnuda propiedad el derecho de besar las insaciables manos de su querida. Por donde quiera que iba la duquesa de Langeais, se veía inevitablemente al marqués de Montriveau, que ciertas personas lla-

maron en broma el *plantón de la duquesa*. Ya la posición de Armando le había conquistado, envidiosos y enemigos. La señora de Langeais había conseguido su objeto. El marqués se confundió entre el número de sus admiradores, y le servía para humillar á los que se alababan de estar en su buena gracia, dándole públicamente preferencia sobre todos los otros.

—Decididamente, decía la señora de Serizy, el señor de Montriveau es el hombre á quien más distingue la duquesa.

¿Quién no sabe lo que quiere decir en París, *ser distinguido por una mujer*? Las cosas estaban así perfectamente en regla. Lo que se divertían en contar del general lo hizo tan temible, que los jóvenes hábiles abdicaron tácitamente de sus pretensiones sobre la duquesa, y sólo permanecieron en su esfera para explotar la importancia que adquirían con ello, para servirse de su nombre y de su persona, para arreglarse mejor con ciertas personas de segunda fila, encantadas de quitar un amante á la señora de Langeais. La duquesa tenía una vista bastante perspicaz para ver aquellas deserciones y aquellos tratados de los que su orgullo no le permitía ser la burla. Entonces ella sabía, decía el señor de Talleyrand, que la amaba mucho, vengarse dirigiendo una palabra de dos filos con la que golpeaba á aquellos esponsales *morganáticos*. Su desdenosa burla no contribuía menos á hacerla temible y pasar por una persona excesivamente espiritual. La duquesa consolidaba de este modo su reputación de virtuosa, al mismo tiempo que se divertía con los secretos de los demás, sin dejar penetrar los suyos. No obstante, después de dos meses de asiduidades, tuvo en el fondo de su corazón una especie de temor vago al ver que el señor de Montriveau no comprendía nada de las astucias de la coquetería del Arrabal San Germanesco y tomaba en serio las monerías parisienses.

—Ese, mi querida duquesa, le había dicho el vidamo de Pamiers, es primo hermano de las águilas, no lo aprisionará usted, y la llevará en su aire si no tiene usted cuidado. El día siguiente á la noche en que el astuto anciano le había dicho aquella frase, en la cual la señora de Langeais temió ver una profecía, procuró hacerse odiosa, detestable para Armando, que la desarmó con una dulzura angelical. Aquella mujer conocía tan poco la vanidad de los caracteres grandes, que la conmovieron la graciosas bromas con que

fueron acogidas al principio sus quejas. Buscaba una disputa, y encontró pruebas de afecto. Entonces, persistió.

—¿En qué ha podido desagradarle un hombre que la idolatra? le decía Armando.

—No me desagrada usted, respondió ella tornándose de pronto dulce y sumisa; pero, ¿por qué quiere usted comprometerme? Usted sólo debe ser un *amigo* para mí. ¿No lo sabe usted? Quisiera ver en usted el instinto, las delicadezas de la amistad verdadera, á fin de no perder su estimación ni los placeres que experimento á su lado.

—¿No ser más que su *amigo*? exclamó el señor de Montriveau en cuya cabeza dió aquella terrible palabra sacudidas eléctricas. Fiándome en las horas que usted me concede, me duermo y me despierto en su corazón; y hoy sin motivo, se divierte usted gratuitamente en matar las esperanzas secretas que me hacen vivir. ¿Quiere usted, después de haberme hecho prometerle tanta constancia, y haber mostrado tanto horror por las mujeres que sólo tienen caprichos, darme á entender que, semejante á todas las mujeres de París, tiene usted pasiones, y no amor? ¿Por qué me ha pedido, pues, mi vida, y por qué la ha aceptado?

—He hecho mal, amigo mío. Sí, una mujer hace mal en abandonarse á semejantes transportes cuando no puede ni debe recompensarlos.

—Comprendo, sólo ha sido usted ligeramente coqueta, y....

—¿Coqueta?... odio la coquetería. Ser coqueta, Armando, es prometerse á muchos hombres y no darse á ninguno. Darse á todos es libertinaje. Esto es lo que he podido comprender de nuestras costumbres. Para hacerse melancólica con los humoristas, alegre con los despreocupados, política con los ambiciosos, escuchar con aparente admiración las conversaciones, ocuparse de guerra con los militares, ser apasionada por el bien del país con los filántropos y conceder á cada cual su pequeña dosis de halagos, no me parece tan necesario como poner flores en nuestros cabellos, como los diamantes, los guantes y los vestidos. El discurso es la parte moral del tocado, se pone y se quita como el sombrero de plumas. ¿Llama usted á ésto coquetería? Pero yo no le he tratado á usted nunca como trato á todo el mundo. Con usted, amigo mío, soy verdadera. No he participado siempre de sus ideas, y cuando usted me ha convencido

después de una discusión, ¿no me ha visto usted completamente dichosa? En fin, le amo, pero solamente como le está permitido amar á una mujer religiosa y pura. He reflexionado. Soy casada, Armando. Si el modo como vivo con el señor de Langeais me deja disponer de mi corazón, las leyes, las conveniencias, me han quitado el derecho de disponer de mi persona. En cualquier rango que esté colocada, una mujer deshonrada se ve arrojada del mundo, y no conozco aún ningún ejemplo de un hombre que haya sabido á qué lo comprometían nuestros sacrificios. Más aun, la ruptura que todo el mundo prevee entre la señora de Beauseant y el señor Ajuda, que, según dice, se casa con la señorita Rochefide, me ha probado que esos mismos sacrificios son como siempre las causas del abandono de ustedes. Si usted me amase sinceramente, dejaría usted de verme durante algún tiempo. Yo me despojaré para usted de toda vanidad; ¿no es esto algo? ¡Qué no dicen de una mujer á la que no ama ningún hombre! ¡Ah! no tiene corazón, ni inteligencia, ni alma, ni encantos sobre todo. ¡Oh! las coquetas no me perdonarán nada, me arrebatrán las cualidades que las hieren encontrar en mí. Si me queda mi reputación, ¿qué me importa ver negar mis ventajas á mis rivales? No las heredarán ellas seguramente. Venga menos frecuentemente, que no por eso le amaré menos.

—¡Ah! respondió Armando con la profunda ironía de un corazón herido; el amor, según los escritorzuelos, no se alimenta más que de ilusiones. Nada es más verdadero, lo veo, es preciso que me imagine que soy amado. Pero, mire, hay pensamientos como heridas á los que no sobrevive uno: usted era una de mis últimas creencias, y me apercibo en este momento de que todo es falso aquí abajo.

La duquesa se sonrió.

—Sí, repuso Montriveau con voz alterada, su fe católica á la que quiere usted convertirme es una mentira que los hombres se hacen, la esperanza es una mentira apoyada en el porvenir, el orgullo es una mentira de nosotros á nosotros, la piedad, la sabiduría, el terror, son cálculos engañosos. Mi felicidad será, pues, también alguna mentira, es preciso que me atrape yo mismo y consienta en dar para siempre un luis por un escudo. Si usted puede tan fácilmente dispensarse de dejar de verme, si usted no me

tiene ni por amigo ni por amante, no me ama usted. Y yo, pobre loco, me digo todo esto, lo sé, y amo.

—Pero ¡Dios mío! mi pobre Armando, se arrebató usted.

—¿Me arrebató?

—Sí.

—Sí, le parece que trato de venir porque le hablo de prudencia.

En el fondo, estaba encantada de la cólera que se desbordaba por los ojos de su amante. En aquel momento lo atormentaba; pero lo juzgaba y notaba las menores alteraciones de su fisonomía. Si el general hubiese tenido la desgracia de mostrarse generoso sin discusión, como les sucede algunas veces á ciertas almas cándidas, hubiera sido expulsado para siempre, acusado y convicto de no saber amar. La mayoría de las mujeres quieren oír violar á la moral. ¿No es uno de sus halagos el ceder siempre á la fuerza? Pero Armando no estaba lo suficientemente instruido para ver el lazo tan habilmente preparado por la duquesa. ¡Los hombres fuertes que aman tienen tanta niñez en el alma!

—Si usted sólo quiere guardar las apariencias, dijo con candidez, estoy dispuesto á...

—¡No guardar más que las apariencias! exclamó ella interrumpiéndole; pero, ¿qué ideas se ha formado usted de mí? ¿Le he dado el menor derecho para pensar que puedo ser de usted?

—¡Oh! ¿De qué hablamos, pues? preguntó Armando.

—Pero, señor, me horroriza usted. No, perdón, gracias, repuso con tono frío, gracias Armando; me advierte usted á tiempo de una imprudencia muy involuntaria, créalo, amigo mío. Usted dice que sabe sufrir, yo también sabré. Dejemos de vernos; después, cuando uno y otro hayamos sabido encontrar un poco de calma... pues, conveniremos en procurarnos una felicidad aparente para el mundo. Soy joven, Armando, y un hombre de delicadeza haría hacer muchas tonterías y locuras á una mujer de veinticuatro años. Pero usted será mi amigo, prométámelo.

—La mujer de veinticuatro años, respondió él, sabe calcular.

Y se sentó en el diván del gabinete y apoyó la cabeza en sus manos.

—¿Me ama usted, señora? le preguntó levantando la cabeza y mostrándole un rostro lleno de resolución. Dígamelo sin ambages: sí ó no.

A la duquesa le asustó más aquella interrogación que una amenaza de muerte, astucia vulgar de la que se asustan pocas mujeres en el siglo xix, al no ver á los hombres llevar espada, pero ¿no hay efectos de cejas, de pestañas, de contracciones en la mirada, estremecimientos de labios que comunican el terror que experimentan tan viva y magnéticamente?

—¡Ah!, dijo ella, si fuese libre; sí....

—¡Ah! ¿es su marido quien se lo impide? Exclamó alegremente el general paseándose á grandes pasos por el gabinete. Mi querida Antonieta, poseo un poder más absoluto que lo es el del autócrata de todas las Rusias. Me entiendo con la fatalidad; puedo, socialmente hablando, adelantarla ó atrasarla á mi capricho, como se hace con un reloj. En nuestra máquina política, ¿dirigir la fatalidad, no es sencillamente conocer su rodaje? dentro de poco será usted libre, acuérdesese entonces de su promesa.

—¡Armando!, exclamó ella, ¿qué quiere usted decir? ¡Gran Dios! ¿cree usted que yo puedo ser el premio de su crimen? ¿quiere usted mi muerte? Pero ¿no tiene usted religión? Yo temo á Dios. Aunque el señor de Langeais me haya dado derecho á odiarle no le deseo ningún mal.

El señor de Montriveau, que tocaba maquinalmente la retreta con sus dedos sobre el marmol de la chimenea, se contentó con mirar á la duquesa con aire tranquilo.

—Amigo mío, dijo ella continuando. respételo. No me ama, no es bueno conmigo; pero tengo deberes que cumplir para con él. Para evitar las desgracias con que usted le amenaza, ¿qué no haría yo? Escuche, repuso después de una pausa, no le hablaré yo de separarnos, vendrá usted aquí como antes, le daré siempre mi frente á besar; si me negaba á ello algunas veces, era pura coquetería, de veras. Pero entendámonos, le dijo al verle aproximarse. Me permitirá usted que aumente el número de mis perseguidores: Quiero aparecer doblemente ligera, quiero tratarle á usted muy mal en apariencia, fingir una ruptura; vendrá con menos frecuencia, y después, después...

Al decir estas palabras, se dejó coger por el talle, y pareció sentir, al verse abrazada de aquel modo por Montriveau,

veau, el placer excesivo que sienten la mayoría de las mujeres ante esa opresión, la cual parece prometer todos los placeres permitidos del amor; después, deseó sin duda hacerse decir alguna confidencia, pues se levantó sobre la punta de sus pies para llevar su frente á los abrasadores labios de Armando.

—Después, repuso Montriveau, no me hablará usted más de su marido; no debe usted pensar ya en él.

La señora de Langeais guardó silencio.

—Al menos, dijo ella después de una pausa excesiva, ¿hará usted todo lo que yo quiera sin murmurar, ni ser malo? diga, amigo mío. ¿Ha querido usted asustarme? Vamos, confíeselo. Es usted demasiado bueno para concebir pensamientos criminales. Pero ¿tendrá usted secretos que yo no conozca? ¿Cómo puede usted dominar la suerte?

—Desde el momento que confirma usted el don que me ha hecho ya de su corazón, soy demasiado feliz para saber bien lo que le respondería. Tengo confianza en usted, Antonieta, y no tendré ni sospechas, ni falsos celos. Pero si la casualidad la hiciese á usted libre, estamos unidos....

—La casualidad, Armando, dijo ella haciendo uno de sus bonitos gestos de cabeza que parecen llenos de cosas y que esa especie de: mujeres sueltan á la ligera como una cantante juega con su voz. La pura casualidad, repuso. Sépalo. Si por causa suya le sucediese alguna desgracia al señor de Langeais, no seré nunca de usted.

Se separaron contentos el uno del otro. La duquesa había hecho un pacto que le permitía probar al mundo con sus palabras y sus decisiones, que el señor de Montriveau no era su amante. Respecto á él, la astuta se prometía cansarlo no concediéndole otros favores que esos sorprendidos en esas pequeñas luchas cuyo curso detenía ella á su placer. Sabía revocar tan lindamente las concesiones hechas la víspera, estaba tan seriamente resuelta á permanecer físicamente virtuosa, que no veía ningún peligro para ella en preliminares peligrosos únicamente para las mujeres muy enamoradas. Finalmente, una duquesa separada de su marido ofrecía pocas cosas al amor sacrificándole un matrimonio anulado hacía largo tiempo. Por su parte, Montriveau, completamente feliz por haber obtenido la más vaga de las promesas y de separar para siempre las objeciones que una esposa encuentra en la fe conyugal para negarse al amor,